



Periodistas imperfectos

M. A. CASTAÑEDA

La irrupción avasalladora de Internet, la crisis económica y la transformación de los hábitos y costumbres de una gran parte de la población mundial, sitúa a los medios de comunicación en una encrucijada.

Algunos expertos bien documentados se manifiestan con pesimismo digno de mejor causa y consideran que la prensa tiene los años contados. Otros, no mucho más optimistas, creen que la profesión de periodista tiene futuro, pero que se verá obligada a mutar de tal manera que quizás los viejos informadores no lleguemos a reconocerla. El debate es de sumo interés, porque la información y el papel del periodista son elementos sustanciales para el sostenimiento de una democracia sana.

Creo que no ha lugar a tanto derrotismo. Es verdad que las nuevas tecnologías obligan a replantear la forma de establecer la conexión entre el periodista y los lectores, pero bien sea a través del papel impreso, de la voz en la radio, de las imágenes o bien sea necesaria una metamorfosis que desemboque en las terminales de ordenador de cada ciudadano, la esencia misma del periodista seguirá viva. Un informador no es más que un profesional capaz de intermediar entre la catarata de hechos, datos y declaraciones que cada día se producen en el mundo y sus lectores; una persona que ordena las noticias, las valora, las explica y finalmente opina sobre ellas de manera que el receptor de ese trabajo tenga ante sí un retrato de la realidad y una interpretación de la misma. Y esa necesidad de orden e interpretación sigue existiendo cualquiera que sea el medio a través del cual se difunda la información. No serán los ingenieros informáticos, ni los expertos en telecomunicaciones quienes puedan sustituir al periodista. Ellos pondrán nuevos medios al alcance de los informadores y éstos deberán adaptarse a esos nuevos soportes.

No reside en los cambios tecnológicos el riesgo para el futuro del periodismo. Existen otros peligros. Uno, importante, es la pérdida de la ética profesional y el deslizamiento por la fácil pendiente del pesimismo. Decía Madame Staël, debedora de Napoleón Bonaparte y su dictadura imperial, que «... Habría que lamentar el descubrimiento de la imprenta, si ésta es utilizada por el despotismo de la prensa y el ejército de periodistas es reclutado y pagado por el gobierno». La credibilidad es el patrimonio esencial del comunicador y cuando desaparece o se diluye es lógico que el lector rechace los mensajes que le envían desde fuentes contaminadas. El poder no necesita recurrir siempre a la burda compra mediante dinero o prebendas. Utiliza medios más sutiles, como la dosificación de información privilegiada, la adulación o la creación de una atmósfera de complicidad en la que se hace creer al periodista que él forma parte del poder y que influye en la toma de decisiones. Por estas razones, además

de la honradez, es imprescindible que el periodista establezca un perímetro sanitario para no terminar siendo un titere inconsciente manejado por los poderosos. Conviene tener siempre presente aquella frase, ya un axioma, que dice que noticia es aquel hecho que alguien quiere que no se publique y que todo lo demás es propaganda. Los profesionales de la comunicación nos enfrentamos cada día con muchas 'no noticias' que se presentan como grandes exclusivas.

Tom Rachman es un joven periodista británico que ha publicado un libro en el que desmitifica, con acierto y muchos gramos de acidez, la profesión de informar. Lo ha titulado 'los imperfectos' y con ello define con precisión el perfil del periodista. El informador trabaja siempre con la presión del horario de cierre, apenas puede obtener tiempo para profundizar en la materia sobre la que trabaja y, por si todo esto fuera poco, se encuentra con serios obstáculos para obtener datos fiables por la cerrazón de quienes, en principio, tienen la obligación de facilitarlos. Y a pesar

de todo eso, los periodistas consiguen excelentes informaciones, desvelan muchos asuntos ocultos y son capaces de guiar a los lectores por el laberinto de las sentencias judiciales o por el farrago administrativo que, en ocasiones, impide ver el fondo de las cosas. Rachman pone en boca de uno de los personajes de su novela (Kathleen Solon, redactora jefe) su tesis sobre el futuro de los periódicos: «Por supuesto que la prensa escrita seguirá existiendo. Os lo aseguro. Desde luego, vivimos en una época en la que la tecnología evoluciona a un ritmo inusitado. No puedo decir si dentro de cincuenta años publicaremos de la misma forma. Pero os puedo asegurar una cosa: los noticieros sobrevivirán y la información de calidad siempre gozará de reconocimiento».

El periodista auténtico es un cruce entre un lobo estepario y un seductor de salón. Siempre dispuesto a enterarse de un hecho noticioso y con la mente dispuesta a enlazar diferentes sucesos para extraer de esa concatenación una conclusión relevante. El periodista es imperfecto por naturaleza y debe asumir esa condición. Tan peligroso es sucumbir al embelecido del poder como creer que cada día aparecerá un 'watergate' capaz de tumbar a un presidente. Tan estúpido es quien no atisa un escándalo que se presenta anunciado con trompetas como el que trata de ver conspiraciones donde no hay más que negligencia.

Si los monjes se saludaban con el 'morir tenemos' para que la condición de mortales estuviera siempre presente, los periodistas debemos grabar en nuestras mentes nuestra innata imperfección para no caer en la tentación de recetar soluciones mágicas para crisis una económica o ser seducidos por el poderosos de turno con el mero artificio de su accesibilidad y sus 'noticias' que no son más que propaganda.



JOSE IBARROLA